



EN BUSCA DE POETAS

LUIS FERNANDO
AFANADOR

¿Salir a buscar poetas por toda América del Sur, desde Ushuaia, Tierra del Fuego, hasta el Cabo de la Vela? Debo confesar que la idea me pareció delirante. Muy bella, pero delirante. Me la contó el propio Eduardo Bechara Navratilova, acompañado del poeta Freddy Yezzed, quien me lo presentó, en un café de Buenos Aires. Bechara, de sombrero y de barba, abrió su portátil, mostraba mapas y recordaba anécdotas de sus encuentros con los poetas. Me impresionó la de Anahí Lazzaroni, una poeta de Ushuaia que “sufría de enanismo”. Bechara era histriónico, buen narrador, y tenía esa mirada intensa de los poseídos. Todo parecía tan absurdo, tan irrealizable. Como un capítulo perdido de *Los detectives salvajes*. Como un pretexto para viajar eternamente: llevaba tres años y aún no había salido de la Argentina y Chile. ¿Cuándo llegaría a Colombia, su país? ¿De qué estaba huyendo? En los relatos de viaje, el protagonista

termina siendo el que viaja. Por cierto, y ya que hablamos de la Patagonia, ¿no acusan a Bruce Chatwin de haber inventado casi la mitad de su famosa crónica? Felizmente, me había equivocado. Bechara no era otro Joe Gould, quien fascinaba a la gente con un libro maravilloso que solo existía en su cabeza. Ver para creer: acá tengo en mis manos la primera edición de Antología poética, *Breve tratado del viento del sur*. El primer tomo del viaje.

¿Hay algo más polémico que una antología poética? A las antologías poéticas siempre se les endilga el amiguismo, el sesgo del antólogo y el centralismo, aunque ya no existen las metrópolis literarias, menos aún en tiempos de globalización, internet y redes sociales. *Breve tratado del viento del sur* está libre de esas sospechas. “Qué hermoso sería hacer un viaje por toda América del Sur buscando poetas para darle reconocimiento”, pensó Bechara en 2010, durante una conversación con su homónimo argentino, en Deán Funes, un pueblito

de Córdoba. Una idea incluyente, abierta, divulgadora, generosa, que podía pecar por exceso, no por defecto: “unificar el continente americano en torno a un proyecto literario y hacer visibles a poetas inéditos, desconocidos o conocidos tan solo en su región”. Con unos criterios estéticos mínimos: no le interesaba la poesía tradicional, gauchesca, sino la contemporánea, de cualquier tendencia. ¿Populismo poético? No: “La poesía no solo vive en los grandes poetas. La poesía es de todos, nadie es dueño de ella. Los que se creen propietarios de la verdad o de la literatura, más temprano que tarde se dan cuenta de que están engañados por sus propias presunciones y gustos estéticos, que la literatura es tan vasta y cambiante como el universo... Solo el tiempo dirá qué tendencias se imponen”.

Así, empezó la búsqueda, *in situ* y escuchando el “voz a voz” y las insinuaciones de los propios poetas. Le dieron correos y teléfonos de poetas de Tierra del Fuego y Patagonia, que fueran inéditos o hubieran publicado en ediciones “cartoneras” (artesanales); le sugirieron que fuera subiendo en zigzag, de la costa a la cordillera de los Andes; le armaron un itinerario por Uruguay y la provincia de Entre Ríos (cuna del gran poeta Juan L. Ortiz); le advirtieron que no fuera a dejar por fuera a Chile, Paraguay, Bolivia y Venezuela. En definitiva, lo confrontaron con la magnitud del proyecto que había emprendido:

Había creado un Frankenstein que venía a sacarme los ojos. Me tomó un par de días salir del estupor que generaba enfrentar un proyecto por toda América del Sur. Mi vida se iría en ello. El viejo sueño de radicarme como escritor en Praga (o por lo menos llegar allá siendo joven y cerrar el círculo que se cerró con el escape de mamá, mi abuelo y mi abuelastra, al huir de Checoslovaquia en 1952 cruzando la frontera que separaba la Cortina de Hierro con Alemania, delimitada con cables de alta tensión dispuestos para achicharrar a la gente y custodiada por guardias con la orden de disparar a matar), se había vuelto lejano.

Anahí Lazzaroni, la mujer “que sufría de enanismo”, fue la primera poeta “encontrada” por Bechara. Aunque ella había nacido en La Plata, residía en Ushuaia —“fin del mundo, principio de todo”— desde niña. “Residía en Ushuaia” es un decir, en realidad vivía confinada en su casa, con su madre —una hermana le pagaba las cuentas y les traía los víveres—, un lugar que había convertido en el centro del mundo. Una delicada poeta que justificaba el largo viaje y le daba sustento literario a la antología: “Dice que está por demoler la casa de enfrente, / la de chapas de color verde agua / con el jardín tan lleno de pasto que parece abandonada. / Y que ayer escuchó en la calle que ahí construían un hotel. / En la ciudad los hoteles brotan como hongos. / ¿Y el viento? El viento sopla” (“Un día como otros”).

En la Patagonia, los elementos son tema recurrente de los poetas, el viento y la lluvia dialogan con la subjetividad: “él siempre va a volver / me previno la griega / traduciendo la borra del café / y me hablaba de un hombre / yo pensaba en el viento” (Liliana Ancalao, Fragmento de “Las mujeres y el viento”). “[...] verías callar al viento / y al viento como una lengua caída, / como un mendigo a tuestas / al viento, verías al viento...” (Gustavo de Vera, “Agua y cartón”). “El viento nos empuja como a pequeños pájaros / con su lengua de aire nos sacude / en portales y plazas / el vuelo” (Luciana Mellado, “Aquí no vive nadie”). “En el verano austral / todo es sufrimiento. Apenas la lluvia / toca el vidrio de la ventana, el alba / que fulgura eterna sobre un cielo claro / desenvuelve un mantel antiguo...”. “Comenzó a llover a tiros / el barro disuelve la tarde / calle abajo / la ciudad / humillada en los charcos / su cuerpo mudo sangra / bajo las ráfagas” (Tomás Watkins, “Comenzó a llover a tiros”).

La estepa inacabable, la vastedad del paisaje que todo lo devora, es otro tópico de los poetas: “extensiones plomizas del cielo / y del mar galvanizados / en un plano único / demorado en el abismo” (Noemí Bernardello, “Oficio”). La dura geografía es una presencia ineludible pero no excluye los temas existenciales, amorosos, cotidianos, políticos y culturales: “El indio es indio, y el perro es perro, / eso dicen /

soy mapuche / en mí despierta el humo cada noche, / mi casa, el techo de huncos, quemada / en los ojos de los hijos, nuevamente / arde todo lo que arde, y se alumbra / soy la señora desconfiada de la foto / desciendo de grande estirpe / nadie lo diría”.

Hay poetas nacidos en la Patagonia, pero hay otros que provienen de las grandes ciudades argentinas y de distintas provincias. Se mueven mucho, como lo atestigua este poema de Liliana Ancalao, “Mudanza”: “[...] y mi alma / ya doblada / cabe justa en la valija / que se cansa y me abandona / en algún lugar de la intemperie”. Además, viajan miles de kilómetros para reunirse en los centros urbanos más grandes, como Río Grande, Comodoro Rivadavia, Puerto Madryn, Neuquén, Bariloche. Hacen festivales, intercambian textos, comparten talleres, entran en contacto, se retroalimentan. Fortalecer una conciencia de grupo parece ser una respuesta a la amenaza de disolución que impone el espacio abismal. “La poesía patagónica se escribe en conjunto”, dice Bechara. Según Macky Corbalán, poeta de Neuquén, fallecida en 2014, “hacemos mucho por encontrarnos, existe una capilaridad poética. Bien subterránea, es viral y es pequeña, no está asociada al canon. Nos encontramos. Son los propios poetas los que organizan estos encuentros. Eso te lleva a un lugar distinto si lo organizara el municipio. A este espacio por los márgenes de lo estatal y lo canónico, lo llamo espacio cimarrón”.

Desde el punto de vista formal, ¿es una poesía novedosa? Podría decirse que la mayoría de los poetas viene de la tradición poética argentina. Según Bechara, en el prólogo de la antología, dicha tradición tiene dos grandes vertientes, los neorrománticos o neobarrocos y los objetivistas. Los primeros tienden a lo lírico y lo musical y los segundos, siguiendo la influencia de los modernistas norteamericanos —Ginsberg, Pound, William Carlos Williams—, tienden a lo coloquial y a lo prosaico. Sin embargo, y él mismo lo advierte, se trata de “un tema problemático”. Y lo es. No se ve claramente esa presencia lírica o neorromántica —y lo neobarroco no aplica, es un concepto acuñado por el cubano Severo Sarduy y no tiene nada que ver nada con lo lírico— y el objetivismo es

una categoría aplicable a la poesía argentina de los setenta. Es más afortunada la relación que hace Bechara con la poesía chilena, “directa y sin eufemismos” y que se encuentra “muy viva y latente del otro lado de la cordillera”. Inevitable recordar a Neruda, quien venía del sur chileno: “La soledad se me vino encima como una lluvia de Temuco”.

Es mejor, como dijo Ramón Plaza, un estudioso de la poesía argentina, hablar de “muchas poéticas conviviendo dentro de un mismo espacio”. En fin, las clasificaciones no sirven mucho para entender la poesía. Y el propósito de esta antología no era académico sino, como se dijo, divulgativo. ¡Noventa poetas! Puede parecer una exageración, pero de no ser por ella —con todo y su metodología azarosa—, que los puso en el mapa literario, quizá nunca los hubiéramos leído. Y hay verdaderos hallazgos, como los poetas citados, como Raúl Mansilla, “encontrado” en abril de 2013, en Comodoro Rivadavia, Chubut:

Cruzadas en la ruta Cuarenta:

Unos cisnes en el cielo
y la sombra larga del auto
hicieron una cruz
en el agreste escenario
de la ruta cuarenta

ese instante gratuito y efímero
tuvo varios metros de distancia
y desapareció salvaje en la curva
sin que nadie diera cuenta
de esta entrega de sombras por la vida 

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.